

siempre. *Y no podrá venir?* Será posible que no venga? *Ya no nos veremos*, no hay esperanza de vernos mas.

*Honestidad de las palabras.*—La decencia oratoria destierra de la elocucion todas las palabras obscenas, todas las locuciones torpes, é indecentes. Aqui es donde se muestra la delicadeza del escritor para escoger las mas honestas y puras, no solo en su significacion, sino en su sonido, que sin obscurecer el pensamiento oculten su fealdad y suavizen la expresion. *Habiendo de nombrar las tetas*, diré los *pechos*; en vez de *papo*, diré *papada*; en vez de *vergüenzas* diré *pudendas*, pues para dar un velo á las voces demasiado desnudas, es oportuno latinizarlas. La perífrasis, ú otro tropo bien manejado, será un gran recurso en estos apuros. *El importuno triunfó de su resistencia*, dice un autor, por no decir la *forzó*. Con este comedido y mesurado rodeo de palabras esconde el autor la descripcion de un hecho deshonesto.

En la clase de las palabras deshonestas entran todas las que significan obgetos que naturalmente cubrimos y escondemos de la vista de las gentes; y estas se han de declarar con nuevos y apartados modos de decir como: No conoció muger en su vida, por no usar de otra palabra mas cercana que signifique lo que queremos dar á entender.

En la clase de súcias entran las que repre-

sentan las necesidades ó dolencias corporales, que se han de disfrazar con otras metafóricas, ó de qualquier suerte trasladadas. En este punto es loable la costumbre de los médicos, quando no se apartan del Diccionario de la facultad, y este es el solo que debe consultar todo escritor en tales casos.

---

## PARTE SEGUNDA.

### DEL ESTILO.

ANTES de discurrir sobre los tres géneros del estilo oratorio, trataremos de las calidades del estilo en general, que constituyen la segunda parte de la elocucion; quales son, *orden, claridad, naturalidad, facilidad, variedad, precision, decoro.*

El estilo en general es aquel ayre ó forma con que el escritor ú orador declara sus pensamientos; y en esto se diferencian y se retratan, como en la fisionomía, las personas. Asi vemos que uno es *flúido* y otro *duro*; uno *conciso*, y otro *difuso*; aquel *claro*, y este *oscuro*,

&c. Todo estilo debe ser correcto, puro, preciso, y natural; mas el oratorio pide elegancia, grandeza, y dignidad. En el conjunto de todas estas calidades se cifra el talento y mérito del buen escritor.

El estilo, que es el alma en todos los géneros de eloquencia, distingue al orador del filósofo y del historiador: porque, como dice un célebre autor, el filósofo debe sentir y pensar; el historiador pintar y sentir; y el orador sentir, pensar, y pintar. Al primero bástale el raciocinio, las imágenes al segundo; mas el tercero no puede alcanzar su fin sin los afectos.

No hay un estilo solo para ser eloquente; se puede serlo en todos. No confundamos los estilos con los vicios del estilo, ni el estilo fundado en las reglas generales del arte con el característico de cada autor; ni tampoco las especies con los géneros. Pueden muy bien tres oradores, tres historiadores, tres filósofos, tener cada uno de ellos su diferente estilo, que forme su carácter particular, y les haga dignos de fama y aplauso, porque no se desvían del camino de la perfeccion, aunque toman diferentes sendas.

No quiero decir por esto que la claridad en la expresion forma un estilo por sí, porque todo estilo debe ser claro; del mismo modo que la obscuridad, la afectacion, la redundancia, tampoco constituyen estilo, pues son vicios, y no

calidades. Estas se toman siempre en buena parte y solo ellas dan nombre y clase á las especies de expresarse, como estilo *nervioso, florido, sencillo, natural, correcto, vehemente*. Las calidades opuestas no las define ni cuenta el arte como prendas, sino como defectos. Asi, pues, no hay estilo lánguido, ni estéril, ni desaliñado, ni afectado, ni incorrecto, ni frio; los lunares no realzan la hermosura como en algunas mugeres; son manchas que la deslustran y afean. Asi se suele decir, en recomendacion del estilo de un autor: es sencillo sin *desaliño*, conciso sin *obscuridad*, elegante sin *afectacion*, en prueba de que se mira como muy expuesta la virtud del estilo á ser manchada por algunas sombras. No confundamos las expresiones hinchadas y gigantescas con la sublimidad; las cadencias demasiado sonoras y compasadas con la armonía; los equívocos, retruécanos, y paranomasias con la gala del lenguaje; y lo insuave ó desmayado de las palabras con la sencillez y naturalidad.

*Coordinacion oratoria.*—En toda composicion es inutil mostrar al discurso de los lectores muchas cosas, si estas no se le muestran con cierto orden. De este modo, acordandonos de lo que hemos oido antes, empezamos á imaginar lo que oirémos despues; y entonces nuestro entendimiento se complace, digamoslo asi, de su capacidad y penetracion. A este orden ge-

neral, necesario en qualquier género de estilo, añade la eloquencia el orden y colocacion de las palabras, llamada *coordinacion oratoria*, de la qual saca la frase cierta energía, grandeza, y ayre de novedad, que no siempre se puede definir.

No es pequeño primor ordenarlas con tanto tino y artificio, que, siendo en su uso y significacion comunes, se hagan singulares por su sola colocacion. Del lenguaje ordinario al oratorio á veces consiste toda la diferencia en esta corta alteracion gramatical, que, sin quebrantar la syntaxis, da tanto valor y espíritu á la expresion.

Nadie podrá creer el diferente valor de un término colocado en este, ó en el otro lugar de la frase. Esta feliz alteracion comunica á la sentencia cierta viveza, cierto énfasis, que no nace de la propiedad, ni de la fuerza de las palabras, sino del lugar que ocupan.

En todas las lenguas el orden de las palabras sigue el orden natural de las ideas, en unas con mas rigor, y en otras con menos, como efectos de su diferente índole. Este orden natural, muy apreciable para la claridad y sencillez en las materias didácticas, observado con exácta uniformidad, forma un estilo lánguido, frio, y atado. Mas la eloquencia, que puede sin quebrantar las reglas de la gramática, y de la lógica, trocar ó interrumpir el curso de los conceptos,

saca la oracion de su paso llano y ordinario, y la da otro sentido y energía solo con la trasposicion de las palabras. Esta es la que da forma oratoria al estilo comun ó natural; y esta transformacion se obra sin quitar ni añadir á la sentencia una palabra, ni cambiarla con otra mas ilustre ni magnífica.

Para ver el distinto efecto que hace el orden natural, ó el artificial ó inverso en la oracion pondremos algunos exemplos, y sea el primero este por un orden sencillo: *Las primeras obligaciones del hombre son justicia y verdad; y sus primeras afecciones humanidad y patria.* Orden inverso para la forma oratoria: *Justicia y verdad son las primeras obligaciones del hombre; humanidad y patria, sus primeras afecciones.* ¿Quan distinta fuerza y energía reciben las palabras *justicia y verdad*, puestas aqui en un modo demonstrativo, y como emblemático á la cabeza de la frase! Sea el segundo exemplo de la impresion que puede causar colocada en un lugar señalado de la frase, la siguiente: *Romanos! Qué fuerza no tuvo esta palabra en boca de Cesar! apaciguó una legion.*—Dígase por un orden comun y natural: *Qué fuerza no tuvo en boca de Cesar esta palabra: Romanos! que apaciguó una legion!*

Hay ciertas palabras que tienen en su significacion una particular fuerza, y que por esta misma razon deben ocupar en el período un

lugar señalado, y muy visible. En las quejas que Clytemnestra dirige á Agamemnon, le dice de esta manera: *Esta sed de reynar inextinguible; la soberbia de tener veinte reyes que te sirven y te temen; todos los derechos del imperio confiados en tus manos, cruel! á estos dioses sacrificas!* La palabra *cruel* está puesta de tal modo en su debido lugar para el efecto, que perderia su valor en otro qualquiera. El ánimo movido de indignacion, de horror, de celos, de despecho, ó de otra qualquiera pasion, se debe suponer agitado y combatido de afectos opuestos que mudan á cada instante el orden de los pensamientos y de las palabras. Los oradores y escritores hábiles, para imitar estos movimientos de la naturaleza, se sirven de esta artificiosa trasposicion, llamada *hipérbaton* por los retóricos. Y con verdad se puede decir, que jamas sube el arte á mas alto grado de perfeccion como quando se equivoca con la naturaleza. *O! tú, cuyas lágrimas ablandaron la dureza de este honesto corazón mio!* decia una burlada doncella á su infiel amante. Toda la ternura de esta exclamacion está en el pronombre *mío* con que concluye. Habiendo dicho de *mi honesto corazón*, no habria blandura, ni mocion, porque aquel *mío* en el final encierra gran énfasis en boca del dueño de aquel corazón, como si dixeramos, un recuerdo amargo, un dulce arrepentimiento, y un motivo de compasion de la

pena que padecía. Cervantes la hizo hablar asi, no sabemos si por estudio, si por instinto.

Otras veces no se causa menos efecto poniendo una suspension aunque sea momentánea, para cambiar el orden lógico en los miembros del discurso. Exemplo del orden natural: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar de las dulzuras de la amistad, que son el mayor bien de la vida humana.*—Orden oratorio: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar del mayor bien de la vida humana: sí...de las dulzuras de la amistad.* Aquí vemos tambien una especie de sustentacion previniendo el ánimo del oyente antes de declararle el objeto á que se dirige el pensamiento, que es la *amistad*. Concluiremos con otro exemplo de inversion artificiosa. Dícese por el orden natural: *Vemos aquellos soberbios Califas, cobardes sucesores de Mahoma, temblar en medio de su grandeza.*—Orden oratorio: *Vemos aquellos cobardes sucesores de Mahoma, aquellos soberbios Califas, temblar en medio de su grandeza.*

*De la claridad.*—Si es cosa reprehensible en las personas de autoridad aquella demasía y cuidado de hablar mas obscuro que el comun modo de explicarse los hombres de buena razon; tambien deberá reprobarse en los mismos oradores. Pero tampoco han de ser semejantes estos á los discipulos de Isócrates, que envejecían en las escuelas, de los quales solia decir

Caton el viejo: que la eloqüencia que aprendian era para servirse de ella en el otro mundo.

En todas las cosas se ha de guardar una mediania; y en las obras del ingenio, como en las del arte muchas veces daña la demasiada diligencia. De esto es buen exemplo aquella gloria que Apeles se atribuyó, quando, admirando y engrandeciendo cierta obra que Protógenes habia hecho con mucho esmero, dixo: *Paréceme que en todo somos iguales; bien que yo todavía le hago ventaja, porque él, nunca sabe levantar las manos de la obra.* Calímaco, pintor y escultor famoso, obscurecia gran parte de la gracia en sus obras con el estremado cuidado que en ellas ponía; y así decían de él comunmente: *que él mismo era su reprehensor y calumniador, pues no sabía quando podía darlas por acabadas.*

La verdadera eloqüencia reprueba las locuciones afectadas que enervan y confunden el estilo, y las sentencias enmarañadas y obscuras, que aparentan gran significacion, y nada dicen. Las frases no han de ser revueltas ni forzadas, sino llanas, abiertas, y corrientes, que no hagan dificultosa su inteligencia. Con esta claridad suave y facil, y con esta tersura, acompañada de la fuerza de las imágenes y afectos, reluce mas la hermosura y grandeza de la elocucion.

Los vicios contra la claridad del estilo son

vários, y proceden de diferentes causas. Hay algunos escritores que, queriendo parecer profundos, se hacen oscuros, no presentando á la razon un sentido perceptible. En este vicio caen todos aquellos que entran á tratar de la materia que no entienden, cuya expresion es siempre obscura; porque ninguno puede manifestar clara, limpia, y distintamente sino la idea que concibe con claridad, limpieza, y distincion. Por esto vemos en las composiciones de los jóvenes retóricos tanta confusion y obscuridad en medio de tanta vaciedad declamatoria. Y ¿cómo es posible que escriban bien los que no han tenido tiempo aun para aprender á discurrir?

Otros hay que, buscando la brillantez, caen en la obscuridad, quando expresan con terminos demasiado figurados y exquisitos lo que solo pide natural simplicidad. Así acontece á los que, sin haber estudiado los buenos dechados de elocucion, ni analizado el gusto puro y natural, pretenden distinguirse por un estilo relumbrante, y se deslumbran á sí mismos, porque es muy consiguiente que juzguen del mérito de su composicion por el trabaxo que les ha costado.

Otros, en fin, por afectar brevedad, se hacen oscuros. En este vicio caen los conceptistas que toman lo misterioso por lo conciso, truncando los ligamentos del cuerpo de la oracion, y haciendo de cada trozo un miembro separado.

Tal es la muestra de este amartillado estilo en un discurso moral de Jacinto Polo de Medina, ingenio murciano: *En los delitos importa castigar el primero. No quiere castigar á muchos quien á uno castiga. Delinquentes busca el que al primero perdona. Una severidad es piedad para todos. El miedo es castigo de no hacer culpas. Mejor es tener á los hombres buenos que enmendarlos.* De este vicio, que cundió mucho entre nuestros escritores morales del siglo decimo séptimo, adolecen los franceses de estos últimos tiempos, en cuyas composiciones parece que leemos el sumario de un libro segun la estrechez y rompimiento de sus períodos. La impaciencia y ferocidad del mando militar habrá acaso comunicado su dureza á las letras.

Una de las calidades del estilo oratorio en general es la perspicuidad, aquella expresion limpia, despejada, y luminosa, que hace visibles nuestras ideas al mayor número de los oyentes ó lectores. Esta calidad consiste en disponer de tal modo los conceptos que concurren á probar una verdad, ó esclarecer una proposicion, que se hagan, si es posible, comprehensibles á todos. Por esto el orador allanará el camino en los asuntos de suyo árdulos y profundos, formando, como si dixesemos, un canal de comunicacion entre sus pensamientos, y la capacidad de su auditorio: porque toda idea muy nueva ó muy

peregrina, es como la cuña que no puede hender por el lomo.

No basta que las ideas sean claras y grandes, si la expresion que debe manifestarlas no es despejada y enérgica. Y como las palabras son imágenes de nuestros conceptos, estos serán oscuros siendolo aquellas, es decir, siempre que su significacion no sea ajustada al objeto, ó que por su extension pueda acomodarse á otros. De esta inexactitud nacen otros vicios, quales son, ya el sentido ambíguo, ya el equívoco de los términos; y como lo equívoco de estos se comunica á la idea, la obscurece y desfigura.

Y aunque la obscuridad que procede de las cosas y de la doctrina, puede en algunas ocasiones dar gravedad al asunto; no debe obscurecerse mas con las palabras, pues basta la dificultad de las cosas. Y asi la claridad que nace de las palabras, y de su textura y ligazon, debe ser suelta, libre, y luciente; no forzada, no áspera, y despedazada, ni intrincada. Por tanto deben huirse las voces peregrinas, las oscuras, las muy nuevas, las desusadas, las muy antiguas, como lo trataremos mas adelante, y las de sentidos dudosos que llamamos ambíguas. De dos causas pues, procede la ambigüedad de la sentencia; ó de la mala eleccion de las palabras; ó de su mala colocacion.

No solo por extremada brevedad se hacen oscuros los conceptos, mas tambien por los difusos rodeos de terminos monótonos y uni-

formes que fatigan y derraman la atencion del oyente, de manera que las ideas se presentan menos claras y vivas al entendimiento, y es muy débil su impresion en el ánimo. No por otra causa se pide á un escritor variedad en el estilo, y ligereza y rapidez en la frase. Por el mismo motivo se le exíge tambien precision en el estilo, porque la expresion mas corta, siendo propia, es siempre la mas clara; y todo aquello que se le añade, perjudica á la energía y solidéz.

¿Porqué, pues, se exíge en toda composicion pureza, correccion, naturalidad, facilidad y sencillez, sino porque estos requisitos conspiran todos á la claridad? Y ¿por que, los escritores que producen sus conceptos con vivísimas imágenes gustan tanto, sino porque haciendolos mas perceptibles, los hacen mas claros?

En fin, este espíritu de claridad y de perspicuidad no es sino el talento de saber acercar las ideas unas á otras, de enlazar las mas conocidas con las que lo son menos, y de representarlas con las expresiones mas adecuadas y precisas.

*De la naturalidad.*—El estilo natural nos encanta, y con mucha razon, porque, como dice cierto filósofo, esperamos hallar un autor, y hallamos un hombre. Pierde gran parte de su mérito la expresion mas espléndida quando en ella se descubre el estudio, porque el esmero nos manifiesta que al escritor le ocupa mas el deseo de su aplauso que el asunto que trata. Y

como toda afectacion en el decir daña tambien á la expresion del sentir, necesariamente ha de padecer la verdad.

Para conocer si el estilo tiene aquella preciosa naturalidad, que suele por esto ser tan rara, pongámonos primeramente en el lugar del autor; y suponiendo que hubiesemos de declarar el mismo pensamiento, probemos si sin esfuerzo ni esmero lo expresariamos del mismo modo. Una persona vulgar, teniendo que producir un afecto noble, se expresará con un adorno estudiado, porque solo un ánimo grande halla dentro de sí los sentimientos sublimes. Esta es la causa, como hemos dicho en otra parte, por que los rasgos verdaderamente eloqüentes son los mas fáciles de traducir de una lengua á otra, por que la grandeza de un pensamiento subsiste siempre de qualquier modo que se presente, y no hay lengua que se niegue á la expresion natural de los afectos sublimes.

A veces en medio de una cierta desigualdad y desorden del estilo se caen de la pluma del escritor algunos conceptos magníficos que, sueltos y separados de este modo, reciben mayor brillo y realce. Asi sucede que, quando á una expresion sencilla se junta un pensamiento sublime, nos admira mas el orador, porque es realmente grande sin parecerlo.

Conviene aqui que distingamos la *naturalidad* de la *sencillez*. Lo sencillo nace del asunto, y

por consiguiente nace sin esfuerzo; pues lo inspira solo el afecto, y no la reflexión. Así podremos decir que todo pensamiento sencillo es natural; mas no todo el que es natural es sencillo. Este es el que menos debe al arte, y así no puede sugetarse á reglas. Y aunque lo natural pertenece tambien al asunto, no se descubre sino con la reflexión, y solo se opone á lo afectado. Por esto la pureza de este estilo condena los equívocos, los retruécanos, las paronomásias, las paradojas, los antítesis, todos los conceptos y agudezas ingeniosas, y quanto hace violencia á la naturaleza y á la razon.

La simplicidad, que es propia del estilo ínfimo, pues pone delante de los ojos lo que se trata, sin causas ni circunstancias, difiere de la pureza, que viene á ser desnudez quando no se mezcla en ella ornato alguno. Esta es muy comun á la forma y estilo, pero no ha de ser continuada, porque algunas veces parece trabajada y compuesta. La dición pura es diversa de la propia, porque la propiedad debe estar siempre en todas partes. La oración pura es en dos maneras; ó toda propia y sin que se halle en ella alguna cosa peregrina; ó toda limpia, y sin que se descubra y halle en ella alguna fealdad. La peregrina es en dos modos: ya en las palabras quando uno greziza ó latiniza en castellano; ya en la contextura y trabazon de las palabras.

*De la facilidad.*—No basta que el estilo sea claro, puro, y natural; debe tambien ser fácil, es decir, que no descubra trabaxo y detenida lima. Entre las principales gracias de Ciceron se cuenta la facilidad de su estilo, donde, si alguna vez se trasluce algun estudio es en la colocacion de las palabras para componer la harmonía. En la manera de hablar de los príncipes se tiene por gran virtud la facilidad, y que sea desnuda de toda afectacion. Por tanto deben huirse las palabras peregrinas, las obscuras, las muy nuevas, las envejecidas, y las de sentido ambiguo, como hemos dicho ya hablando de la claridad.

No porque sea reprehensible la obscuridad y dureza, ha de descender la oración á tanta facilidad que pierda los números y la dignidad conveniente. En esta flaqueza caen algunos que piensan acabar una grande hazaña quando escriben de la manera que hablan; como si no fuera diferente el descuido y llaneza que admite la conversacion comun, de la atencion que pide el artificio y diligencia del escritor. A este proposito dixo oportunamente Ciceron en su tratado del orador: *Usum loquendi Populo concessi; scientiam mihi reservavi.* No se condena la facilidad, sino la afectacion; porque singular virtud es el decoro libre y claro, sin cansar al oyente con dureza y obscuridad. Y no se puede negar que regala mucho al sentido el ver que

ningunas ligaduras ó vínculos impiden al pensamiento que se descubra con delgadeza y facilidad. Mas tambien ¿quien no conocerá el poco espíritu y vigor, la humildad y baxeza en que cae el que lo consigue? Y quien podrá oír sin molestia y disgusto palabras desnudas de grandeza y autoridad quando importa representarla? Hay muy desigual diferencia de escribir de modo que la oracion fuerze á la materia, á que la materia fuerze á la oracion. Y en esto se conoce la distancia que hay de unos escritores á otros; porque la lengua, los pensamientos, y las mismas figuras que ilustran la oracion y la vuelven espléndida y generosa, no siempre siguen á la destreza, y felicidad de la composicion.

El principal cuidado del orador ha de ser que claramente y á su tiempo exprima los conceptos y movimientos de su ánimo: lo qual tanto será en él mas de alabar, quanto menos deseo y cuidado mostráre de quererlo hacer. No pretendo con esto en el que se dedica al arte de bien decir aquella negligencia y desaliño que toca en familiar; ni aquella demasía y cuidado en pulir y retocar la oracion, para hablar algo mas obscuro que los demas, sin dexar nunca satisfecho su deseo.

*De la variedad.*—No es menos necesaria la variedad en la expresion que la precision y claridad, para no fastidiar la atencion del oyente. Los hombres gustan de ser con-

movidos: asi todos solicitan obgetos nuevos que les exciten diferentes sensaciones. Hasta el perezoso negro se tiende á la orilla de un arroyo para divertir y entretener su ánimo con la vista del curso de las ondas; y la continua inquietud de la agitada llama nos hace apetecer la lumbré de la chimenea, que nos sirve de compañía.

No basta que una composicion sea nueva en la traza; debe serlo, si es posible, en todas sus partes. El lector quisiera sentir en cada cláusula, en cada período, en cada línea, en cada palabra, una nueva impresion, porque es cosa experimentada que la elegancia, la correccion, y la misma harmonía llegan á cansar, si no se mudan las imágenes, ó las ideas, con las expresiones.

Si la parte de una pintura que se nos descubre, fuese semejante á la que acabamos de ver; este obgeto seria realmente nuevo sin ser diferente, ocuparia la vista sin deleytarla: porque toda hermosura, asi del arte como de la naturaleza, no es bella sino por el placer que nos causa, y por esta razon es necesario que sea variada, excitando en cada nuevo aspecto una nueva afeccion, y en ella un nuevo deleyte. Por esto los que quieren enseñar deleytando, modifican lo mas que pueden el tenor siempre uniforme de la instruccion.

Se hace insoportable toda larga uniformidad, asi al sentido de la vista, como al del oido.

La repeticion de la misma palabra en un corto espacio del discurso, el mismo orden y círculo de períodos mucho tiempo continuado, cansan en qualquiera composicion, del modo que los números y cadencias repetidas en poesía. Igual efecto experimentarían el que caminase una jornada entera entre dos filas rectas de álamos, rendido su espíritu de tristeza y fatiga; al contrario de otro que atraviesa elevadas sierras, y torcidas sendas, embelesado entre aquella variedad deliciosa de situaciones y puntos de vista que encantan al caminante.

Hay, sin embargo, estilos que parecen variados, y no lo son; y otros que lo son, y no lo parecen. El estilo matizado de florecitas y conceptillos, bordado de menudas sutilezas, énfasis y antítesis delicados como una tela de aljófares, obscurece el discurso por su misma confusión. Comparemosle á un edificio de orden gótico que por la variedad, y enredo de sus laborcitas y pequeñez de sus adornos, es un encanto á la contemplacion, y un enigma á los ojos. Al contrario, el estilo texido de frases claras, períodos llenos, términos nobles y sencillos, magníficas transiciones, y grandes imágenes, deleyta á los hombres de todos los siglos. Este estilo, por no salir del mismo término de comparacion, es como el de la arquitectura griega, que parece uniforme y tiene las divisiones necesarias, y grandes partes que señalan

precisamente lo que podemos ver sin fatiga, y lo que basta para ocuparnos el ánimo. A los grandes cuerpos corresponden necesariamente grandes miembros: los gigantes tienen grandes brazos, los cedros grandes ramos, y los Alpes se forman de grandes montañas. El estilo noble en los obgetos magníficos debe tener pocas divisiones, pero grandes, y en estos ámbitos campea la magestad oratoria.

Acontece otras veces á algunos escritores que, pretendiendo hacer variado el estilo por medio de contraposiciones, le dán con esta artificiosa simetría una uniformidad viciosa. Algunos creen á fuerza de situaciones contrastadas animar lo lánguido y frio de una composicion, disponiendo el principio de cada frase en oposicion con el fin: defecto muy comun en los autores de la baxa latinidad, como entre los nuestros en los reynados de Felipe Quarto y Carlos Segundo. Ademas de no ser natural este estilo, hallamos en él tan poca variedad, que asi que vemos una parte de la frase, adivinamos luego la otra que sigue. Verdad es que hallamos palabras opuestas; pero opuestas de una misma manera; vemos una contraposicion en las frases, mas siempre de un mismo color y forma, que es la mas molesta uniformidad. Tampoco está la variedad en inventar expresiones nuevas, sino en usar con mucho tino y gusto de las mas nobles y pulidas, variando con